

LA VIDA ESCONDIDA ENTRE LOS LIBROS



Stephanie
Butland

«Una novela única y hermosa que logra crear con ingenio un desenlace absolutamente conmovedor.»

TRACY BUCHANAN

LA VIDA ESCONDIDA
ENTRE LOS LIBROS

LA VIDA ESCONDIDA ENTRE LOS LIBROS

Stephanie Butland

Traducción de
Laura Fernández



Para Alan

POESÍA

2016

IMPREVISTO

Un libro es el humo que desprende la cerilla un segundo antes de arder.

Archie dice que los libros son nuestros mejores amantes y nuestros amigos más provocadores. Tiene razón, pero yo también la tengo. Los libros pueden hacerte daño.

Creí que lo sabía el día en que me encontré aquel libro de Brian Pat-ten. Pero resultó que aún tenía mucho que aprender.

Normalmente me bajo de la bicicleta antes de llegar al trabajo y camino junto a ella un buen trecho. Una vez pasas la parada del autobús, el camino empedrado se estrecha y lo mismo ocurre con las aceras en esta parte de York, por lo que resulta mucho menos molesto así. Esa mañana de febrero, estaba tratando de sortear a una conductora, que tenía las ruedas delanteras ya en el asfalto, mientras las traseras seguían en la acera, cuando vi el libro.

Estaba en el suelo, junto a la papelera, como si alguien hubiese intentado encestarlo sin éxito y le hubiese importado tan poco que ni siquiera se había detenido a recogerlo. En cualquier caso, me detuve. Por supuesto. ¿Quién no rescataría un libro? La mujer del coche chasqueó la lengua, aunque no le había hecho ningún daño. Parecía la clase de mujer que se pasa el día chasqueando la lengua como si en vez de una mujer fuese una máquina de respuestas negativas. He conocido a un montón de ellas; aparecieron cuando me hice el *piercing* en la nariz. Y les alegró el día si consiguen ver alguno de mis tatuajes.

La ignoré. Recogí el libro. Era *Grinning Jack*. Estaba en perfecto estado, solo un poco húmedo en la contraportada, por haber estado en el suelo, pero, por lo demás, perfecto. Tenía un par de páginas dobladas, limpiamente dobladas, formando pequeños triángulos perfectos en las esquinas. Yo no acostumbro a hacerlo, porque me gusta mantener los libros

intactos, y de todos modos, ¿tan difícil es encontrar un punto de libro? Siempre tienes algo a mano. Un billete de autobús, el envoltorio de unas galletas, un trocito de una factura. Pese a todo, me gusta pensar que hay quien encuentra en determinadas páginas palabras tan importantes que le llevan a marcarlas para no olvidarlas nunca. (Lo de marcar, en el sentido figurativo, se viene haciendo desde la década de 1570. Quizá te interese saberlo. Cuando trabajas a cinco metros de cuatro estanterías repletas de diccionarios, enciclopedias y tesauros, sería de lo más grosero por mi parte no saber esa clase de cosas.)

Al grano, que, como dice Archie, me pierdo. La mujer del coche me dijo:

—Disculpa, no puedo ver lo que hay detrás de ti.

Habló educadamente, así que subí la rueda trasera de mi bicicleta a la acera para que pudiera observar el tráfico. Y luego recordé que no debo asumir ciertas cosas, que no debo prejuizar a la gente. A todo el mundo puede gustarle la poesía. Incluso a la gente que chasquea la lengua a las ciclistas.

Así que pregunté:

—¿Este libro es suyo? Estaba en el suelo.

Me miró. La vi fijarse en el *piercing* y en que, aunque mi pelo es negro, las raíces son castañas, y luego la vi dudar, pero, para ser honestas, debería admitir que decidió no juzgarme por eso, o puede que mis uñas limpias y mis dientes igualmente limpios acabaran de inclinar la balanza a mi favor. Se encogió de hombros un poco.

—No recuerdo cuál fue la última vez que hojeé un libro que no tuviera pestañas —dijo, y por un momento pensé en darle el libro. Pero antes de que pudiera ofrecérselo, se abrió un hueco en el tráfico, y ella arrancó, murmurando algo sobre ir a nadar con su hijo.

Miré a mi alrededor, para ver si había alguien cerca que hubiera dejado caer al suelo a un poeta de Liverpool, o si alguien estaba volviendo sobre sus pasos, buscando, con la vista clavada en el suelo. Vi a una mujer en la puerta de la licorería que revolvía el bolso, buscando algo, y estaba a punto de acercarme cuando me di cuenta de que era el móvil lo que buscaba, pues acababa de encontrarlo y justo entonces descolgaba. No era suyo, entonces. No había ni rastro de alguien que buscara un libro perdido. Pensé en dejarlo en el alféizar de la licorería, como harías con un guante abandonado, pero con aquel tiempo el libro no tardaría en echarse a perder, así que lo metí en la cesta —sí, tengo una bicicleta con una cesta en la parte delantera, ¿qué pasa?— y seguí mi camino has-

ta la tienda de libros de segunda mano en la que trabajo desde hace diez años, desde los quince.

Los miércoles entro más tarde porque los martes me quedo hasta tarde por culpa del club de lectura, que por lo general degenera en algo mucho menos interesante después de la segunda copa de vino. Una de las asistentes se está divorciando. Las demás la envidian, o no lo aprueban, aunque fingen compadecerla. Para un rato, está bien, pero, a la larga, resulta desagradable, como Swift.

Una de las cosas que me gustan del club de lectura es que nos limitamos a acogerlo, no lo organizamos nosotros, así que puedo tomarme una taza de té y ordenar la librería, y escuchar un poco lo que dicen, y retirarme a la inopia cuando me apetece. Me permite hacer cosas que no puedo hacer cuando la tienda está abierta; es increíble la de cosas que puedes llegar a hacer cuando no te interrumpen. Archie dice que si todo dependiera de mí, las librerías parecerían viejas tiendas de comestibles, tendrían un mostrador y estantes detrás de él, y nadie podría desordenar los libros que yo tan maravillosamente habría ordenado. Yo le digo que no está siendo justo conmigo, pero lo cierto es que no le diría que no a un Carnet del Buen Cliente de Librería. Para conseguirlo, no tendrían más que aprender ciertas normas básicas: dejar el libro en el sitio en el que lo has encontrado, tratarlo con respeto y no comportarte como un imbécil con la gente que trabaja en la librería. No es tan difícil. Piénsalo.

Cuando entré, todo estaba muy tranquilo. Se me había hecho un poco tarde, en parte por culpa de Brian Patten, pero de todas formas llegaba a tiempo para el turno de las once. Me quedo después de cerrar lo bastante a menudo para que Archie haga la vista gorda cuando tengo un capítulo urgente que terminar, así que no pasa nada. Después de poner el candado a la bicicleta, entré en la cafetería de al lado para pedir un té y un café para Archie antes de empezar mi turno. Si ignoras las flores de seda y los ridículos carteles en los que puede leerse CUANDO LLEGAS, ERES UN EXTRAÑO; CUANDO TE VAS, UN AMIGO, podrías considerar al Café Ami un vecino considerablemente bueno.

Me encanta entrar por la puerta de Sin Palabras. Huele a papel y a humo de pipa. Archie ya no fuma en la tienda, al menos oficialmente. Aunque sospecho que sigue haciéndolo cuando está solo. Pero todos los años en que no dejaba de hacerlo se han quedado aquí, incrustados en las paredes, en la madera y en las páginas de los libros. A veces cuando estoy ahí de pie, rodeada de estanterías, tengo la sensación de estar en un bosque, aunque nunca he estado en uno, ahora que me paro a pensarlo. Y si

lo estuviera, supongo que el hecho de que oliera a humo no sería una buena cosa. Da igual. El caso es que le di a Archie su café.

—Gracias, mi siempre eficiente mano derecha —dijo. Archie es zurdo y cree que ese tipo de comentarios son graciosos. Le dirigí una sonrisa sarcástica y le di un golpecito en el chaleco. Hay un montón de Archie bajo ese chaleco. Si quisieras apuñalarle, tendrías que hacerte con un cuchillo muy largo para llegar a alguno de sus órganos vitales. Cogió su pipa. —Voy a tomar un poco el aire —dijo—. Pórtate bien en mi ausencia, Loveday.

—Como siempre —dije.

Hay ventanales a un lado y a otro de la puerta de la tienda y junto a uno de ellos hay un enorme escritorio de roble. Archie dice que se lo ganó a Burt Reynolds al póquer a finales de los setenta, pero da detalles muy vagos. Si todas las historias que cuenta Archie fueran ciertas, él tendría como trescientos años; según él, lleva veinticinco años al frente de la librería, y antes estuvo en la marina, vivió en Australia, montó un bar en Canadá «con la única mujer que ha sido capaz de entenderle», trabajó como crupier en Las Vegas y pasó un tiempo en prisión en Hong Kong. De todo eso, me creo lo de la librería y (puede que) lo del bar.

El escritorio es precioso, si alcanzas a verlo bajo el montón de papeles que lo cubren. El buzón queda a la izquierda, junto a la puerta de la tienda, justo donde acaba el escritorio. A veces se acumulan el correo y los periódicos gratuitos de tres días. Yo los tiro, pero todo lo que hace Archie es poner más cosas encima.

El otro ventanal tiene un pequeño asiento, que es tan cómodo como parece, es decir, incomodísimo, pero la gente que ha crecido viendo *Ana de las Tejas Verdes* no puede evitar sentarse. No duran mucho. Creo que ese tipo de asientos son una de las cosas que siempre quedan mejor plasmadas en los libros, como las ferias del condado que se celebran los lunes de fiesta, el sexo y viajar y casi cualquier cosa que se te ocurra.

Tenía mucho que hacer. Sé que se supone que debería apreciar el hecho de haber dormido un poco más, pero siempre que llego tarde tengo la sensación de que el día va más deprisa que yo, que no hay forma de que pueda recuperar el tiempo perdido. Lo único bueno es que no he tenido que meter dentro las bolsas de libros que la gente deja cada mañana en la puerta porque no son capaces de diferenciar una librería de segunda mano de una organización benéfica.

La madre de mi padre solía levantarse en cuanto salía el sol. Todavía puedo oírla decir: «Es la mejor parte del día, pequeña», con su voz chi-

llona y sus ojos sonrientes. Los padres de mi padre son las primeras personas de las que tuve conocimiento que habían muerto. Fuimos a Cornwallles dos veces aquel año, una en primavera, cuando la abuela murió de cáncer de estómago, y otra vez en otoño, cuando el abuelo decidió seguirla, y recuerdo que todo el mundo movía la cabeza y decía: «Corazón roto». Supongo que tenía cuatro o cinco años. Recuerdo pensar que era raro que hubiesen fallecido los padres de mi padre y que mi madre fuese la única que llorara. La playa a la que solíamos ir estaba cerca de Falmouth —que es de donde era mi padre— y parecía sacada de un libro; en mi memoria, la arena es amarilla y el mar como pintado con rotulador azul. Nuestra casa estaba cerca del mar en Whitby, pero la playa de Cornwallles era distinta. Era mágica. Cuando murió el abuelo no volvimos a ir. Papá decía que él y la tía Janey no se querían lo suficiente, así que supongo que no había ningún motivo para seguir yendo.

Empecé ordenándolo todo un poco y luego me dediqué a organizar los pedidos. Archie no es nada fiable con el ordenador —puede hacerlo, pero a veces se equivoca—, así que primero consulté el correo electrónico sentada al escritorio, aprovechando que él había salido a fumar. No había nada del otro mundo: nos pedían un libro que no teníamos y nos encargaban otro que sí. En cinco minutos lo tuve listo, así que me puse con los pedidos realizados en la misma tienda. Había empezado a dejar que fuesen los clientes los que anotasen lo que buscaban, porque Archie se limitaba a apuntar los que le resultaban interesantes.

Solo había uno nuevo, y además era de un libro que teníamos arriba, en el almacén, así que fui a buscarlo y lo metí en la bolsa de papel marrón, anoté el nombre del cliente en ella, le llamé para decirle que ya lo teníamos y coloqué la bolsa en la estantería de detrás del mostrador. Era un libro de Jean M. Auel, algo que Archie no habría considerado lo suficientemente bueno para tenerlo en cuenta. Vale que era un libro de cinco libras, pero me apuesto lo que sea a que todas mis ventas de libros baratos suman más que las de las preciadas primeras ediciones de Archie. De hecho, no necesito apostar. Veo las cifras. Archie me lleva a las reuniones con el contable, para que me quede con lo que él se pierde. Empieza asintiendo con la cabeza y acaba con la barbilla pegada al pecho, profundamente dormido. Es divertido, parece más pequeño cuando duerme. Cuando está despierto y hablando parece demasiado grande para la tienda, demasiado grande para York, aunque dice que es la ciudad perfecta para él. Una vez le pregunté cómo fue que montó la librería, y me dijo: «Había llegado el momento de contenerse», lo que resulta una respuesta

de lo más ridícula. Otra vez me dijo que había venido a York a visitar a un amigo y que se puso «tan contento» que había comprado el negocio dejándose llevar por un capricho. Me parece igualmente ridículo, pero lo más probable es que sea cierto.

Ben, que se dedica a vaciar casas y que a veces nos trae libros, había llegado con un par de cajas, y a juzgar por los lomos, iban a sumarse a la sección Biografías de Músicos (clásicos), donde serían muy bienvenidos; esa sería mi tarea del día. Me gusta cuando llegan cajas así, con libros sobre un tema en concreto, más que una colección de novelas de cualquier cosa. Hace que sienta que estoy pasando el rato con alguien que tiene, digamos, algo de sustancia. Además, siempre puede encontrar aquello que a Archie le gusta llamar un tesoro enterrado. Es más probable que una persona que ha coleccionado libros de un determinado tema tenga una primera edición o algún que otro volumen raro, y que nunca haya pensado en lo que podía valer, porque el valor, para ellos, estaba en lo que había escrito. Personalmente, estoy con ellos, pero, como diría Archie, no soy yo quien paga el alquiler.

Antes de ponerme con la caja, hice un cartel de ENCONTRADO, a la manera en que la gente hace carteles de DESAPARECIDO cuando pierde un gato. Y quién sabe si al gato no le ha salido algo mejor y se ha ido cagando leches de allí por eso. El cartel decía: ENCONTRADO UN *GRINNING JACK* DE BRIAN PATTEN. SI ERES EL (DESPISTADO) DUEÑO, ENTRA Y PREGUNTA POR LOVEDAY. Lo pegué en la ventana y guardé el libro en la parte de atrás, al otro lado de la puerta en la que podía leerse PRIVADO. Si nadie más iba a apreciarlo, yo sí.

Archie tardó media hora en fumarse la pipa, y aprovechó para charlar y cotillear con todo aquel que pasaba por delante de la tienda, y, al fin, volvió a entrar. Le trae sin cuidado el tiempo que haga, y yo admiro su determinación, aunque soy muy consciente de que si fumara cigarrillos no sería tan comprensiva. El olor de los cigarrillos me recuerda a mi padre. Mi madre le obligó a dejar de fumar cuando tuvimos que apretarnos el cinturón. Incluso ahora, el humo de cigarrillo me incomoda, y al mismo tiempo me recuerda a casa.

Había una biografía de J. S. Bach en la caja, y cuando la abrí, encontré un pedazo de papel vegetal cuidadosamente doblado que encerraba una rosa. El papel crujió mientras lo abría, pero no se rompió; la rosa parecía más frágil que el envoltorio, y contuve el aliento, no quería tocarlo, temía que se rompiera. Los pétalos podían haber sido rosados, pero se habían vuelto de un gris ceniciento al apartarlos de la luz y el

aire. Volví a doblar el papel y lo colgué en el tablón de anuncios para objetos que encontrábamos en los libros dispuestos en la parte delantera de la tienda. Me preguntaba quién habría querido conservar aquella rosa y por qué; quien fuera podía haberlo hecho llevado por un impulso, o no, podía ser algo verdaderamente importante para él. Supongo que nunca lo sabré. Pero es bueno que algo te recuerde, de vez en cuando, que el mundo está lleno de historias que son, al menos potencialmente, tan dolorosas como la tuya.

Una semana después, nadie había preguntado por el Brian Patten. Había decidido quitar el cartel aquella misma tarde. Mi plan era guardar el libro bajo el mostrador y regalárselo al primero que comprase algo que me sugiriera que podría gustarle. No iba a venderlo; no me parecía justo. Sí, a veces pienso más de la cuenta. Hay cosas peores.

Estaba almorzando en la trastienda, que no es gran cosa: un retrete y un lavabo minúsculos detrás de una puerta de madera mal ajustada a la que necesitas dar un tirón para cerrarla y otro para abrirla, un sofá justo delante de la salida de incendios, una estantería y, debajo, una papelera y una aspiradora. El sofá es grande y cómodo, y ocupa casi todo el espacio: tengo que sentarme con las piernas cruzadas encima. Me había traído cereales y un plátano para comer —que es lo mismo que desayuno, pero como me gusta desayunar, ¿por qué demonios no puedo desayunar dos veces al día?— y estaba casi acabando cuando escuché a Archie que me llamaba.

Cuando Archie me llama es porque uno de «mis» clientes (es decir, uno de los que no le caen bien) acaba de entrar por la puerta. Nunca me pregunta por los libros, porque jura que conoce hasta el último título que tenemos en la tienda, y además sabe dónde encontrarlo.

Archie y yo nos parecemos en lo de no tolerar bien a la gente molesta, lo que no es precisamente una ventaja cuando te dedicas a la atención al cliente, como él dice, pero lo bueno es que la gente que nos cae bien a uno y a otro no se parecen en nada. A mí, por ejemplo, no me gusta la gente que se ríe. Él dice que no hay nada malo en un poco de *joie de vivre*. A él no le gusta la gente que huele mal. Yo opino que no debe juzgarse a la gente por sus circunstancias y que a los libros les trae sin cuidado cuándo fue la última vez que te diste un baño. No me gusta la gente que intenta regatear o que te suelta que puede encontrar ese mismo libro mucho más barato en internet. Esa gente no es consciente de

que, si buscan libros realmente raros, lo más probable es que, aunque los busquen en internet, acaben por comprárnoslos a nosotros igualmente, y que encima les cobraremos los gastos de envío. Me encanta cuando eso pasa. Un poco de desgracia ajena te ayuda a sobrellevar los veinte minutos de cola que vas a tener que tragarte en correos. Me siento como Becky Sharp en *La feria de las vanidades*.

A Archie no le gusta esa gente a la que él llama superfans, pero a mí me encanta la gente que se apasiona de esa manera. No hay nada malo en querer tener todas y cada una de las ediciones de un mismo libro que ha publicado un escritor en concreto, y casi todos los autores que reciben ese tipo de atención en nuestra librería están muertos, por lo que, si a ellos no les molesta la obsesión de sus fans, a nosotros tampoco debería molestarnos.

Se me ocurrió pensar que el visitante quizá fuera un coleccionista, porque Archie me los coloca automáticamente, sin importarle si he acabado de comer o no. Soporto sus pequeñas infracciones de la ley laboral porque sus virtudes superan sus defectos en una ratio de tres a uno. Y hay una señora mayor fan de la novela gótica que tiene un sexto sentido para aparecer en el momento en el que aún puede arruinar mi almuerzo, así que esperaba encontrarme con ella cuando salí, pero cuando rodeé la sección de cocina, vi que Archie estaba hablando con un desconocido. Lo recordaría si nos hubiéramos visto antes.

Llevaba una chaqueta de cuero y el pelo cortado a cepillo, unas Doc Martens de un azul metálico con los cordones atados de formas distintas, y una risa —Archie parecía, contra todo pronóstico, desplegar todo su encanto— como el mar sobre la arena. Archie me vio venir y me llamó la atención.

—Prepárate —estaba diciendo—, no le gusta la gente que no se porta bien con los libros.

—Me parece bien —dijo el desconocido—. A mí tampoco me gustan.

—Aquí está —dijo Archie—. Mi pequeña granuja. —Por un momento, y fue un momento horrible, pensé que iba a volver a contar la historia de «cómo conocí a Loveday», pero logró resistirse.

—¿Os ayudo con algo?

—Claro —dijo el desconocido—. En realidad, ya lo has hecho, creo. —Sonrió; sus dientes eran perfectos, eran dientes de clase media, que había costado enderezar, pero en los que sin duda alguien había invertido dinero.

—¿En serio? —Iba a tener que contármelo.

—Loveday —dijo Archie—, este señor está buscando a un poeta.

—El anuncio. El del escaparate. El libro. —La voz del desconocido era clara, no había forma de detectar un acento concreto en ella, y tampoco era exactamente pija.

—Me lo encontré en el suelo —dije. Sonó acusatorio. No me importó. La poesía ya lo tiene lo suficientemente difícil para que encima la gente vaya tirándola por ahí.

—Creo que se me cayó del bolsillo —dijo—. Es bastante profundo, pero había estado leyendo en el autobús y me di cuenta en el último momento de que casi me paso la parada, y creo que no me lo guardé bien. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y desapareció hasta la muñeca. Me fijé en que sus manos eran grandes, estaban en proporción con el resto de su cuerpo, sus dedos, delgados, la punta de su pulgar arqueándose, alejándose del resto, como si pudiese echar a correr.

—Guau —dije. Pensé que podría currárselo un poco más, aunque me parecía divertido el hecho de que estuviera excusándose de aquella manera, como quien llega tarde a una entrevista de trabajo.

—Y me encantan los poetas de Liverpool —añadió—. Los he estudiado. La gente no tiene ni idea de que fueron ellos quienes inventaron la *performance* poética. Inventaron a los Beatles, si me apuras.

No tenía por qué escuchar su discurso.

—Iré a por él —dije.

Cuando volví a la trastienda tomé una cucharada de cereales, pero ya se habían hecho una pasta.

—Nuestro nuevo amigo descuidado también es poeta —dijo Archie cuando regresé.

—Entonces debería saber que no está bien doblar las esquinas de las páginas de los libros de poemas —le dije, devolviéndole su Brian Patten. No iba a impresionarme. En casa tengo un par de cuadernos con poemas que he escrito, y no voy diciendo por ahí que soy poeta. Digo que trabajo en una librería, si es que eso le interesa a alguien.

—Lo sé, es una costumbre horrible —dijo el poeta de la chaqueta de cuero, y sonrió. Le devolví la sonrisa, aunque no lo pretendía. Las sonrisas dan más de lo que crees. Son mucho más que un puñado de dientes.

Se metió el libro en el bolsillo y sacó la solapa por fuera, para dejarme claro que había aprendido la lección. Estábamos a principios de marzo, aún hacía frío. Me pregunté qué llevaría en verano.

—Bueno, seré más cuidadoso de ahora en adelante. —Hizo un gesto que interpreté como un saludo, pero en realidad fingió retirarse el som-

brero, aunque no llevaba ningún sombrero, por lo que resultó un tanto estúpido, o debió parecerlo. Luego me tendió la mano y se la estreché—. Gracias, Loveday —dijo—. Nathan Avebury. —Sus muñecas también eran delgadas, perfectas.

—No hay de qué —dije. Por eso no me gusta hablar con la gente. Nunca se me ocurre nada interesante. Necesito tiempo para encontrar las palabras, y me resulta complicado cuando la gente me está mirando. Además, no me gusta demasiado la gente. Bueno, algunos están bien. Pero no los suficientes para considerarlo un hecho.

Cuando se volvió para irse me di cuenta de que tenía algo en la mano. Una moneda de chocolate, envuelta en papel de aluminio dorado, que me hizo recordar las felices mañanas de Navidad de hacía demasiado tiempo. Si en ese instante hubiera estado mirándome, esperando mi reacción, lo habría considerado un espectáculo bochornoso. Pero justo entonces la campanilla tintineó y, cuando levanté la vista, ni siquiera quedaba rastro de él fuera de la tienda.

—Vaya —dijo Archie—. Nathan Avebury.

—¿Le conoces? —pregunté.

No hay mucha gente que Archie no conozca en este rincón de York. Es amigo de los bármanes, aunque cada vez quedan menos, porque los pubs se están transformando en restaurantes, y los dirigen amantes de la comida, no amantes de la bebida. Compra mucho en las tiendas de los alrededores; compra cojines y cuadros en los que aparece algún tipo de playa, chocolate artesanal y montones, montones de queso. Su médico no deja de advertirle sobre su colesterol y sobre lo bien que le iría perder un poco de peso, pero Archie dice que llevarse bien con la gente es mucho más importante que poder verse los pies.

—Solo sé lo que dicen de él —comentó Archie—. Hace un tiempo era una joven promesa.

Sabía que estaba esperando a que le pidiera detalles, así que me negué a pedírselos. Volví al sofá y me comí el resto del plátano, y cuando volví a la tienda, quité el anuncio de ENCONTRADO del escaparate. Luego me dediqué a seguir hurgando en la caja repleta de biografías de músicos.

No encontré ningún otro tesoro entre las páginas, ninguna otra flor seca, ninguna postal que hubiera hecho de punto de libro, ningún nombre anotado que me diese qué pensar. Mi favorito de siempre: una edición de 1912 de *Mansfield Park* en la que habían escrito, con cuidadosa caligrafía infantil, «Edith Delaney, 1943», en el interior de la cubierta. Alguien había tachado el «Delaney» y había escrito «Bishop» justo de-

bajo. Pero también el «Bishop» había sido tachado, y habían escrito otro nombre, más largo, un nombre compuesto, indescifrable. Yo apuesto por «Brompton-Smith». Y luego alguien había escrito «Humphrey» justo debajo. Es la misma letra todo el rato, pero es la letra de alguien que se está haciendo mayor. Tengo el libro en casa. A mi sueldo puedo sumarle algún que otro libro de vez en cuando, y este fue uno de los primeros que me llevé. Lo miro y pienso: «Bueno, Edith Delaney-Bishop Brompton-Smith Humphrey, espero que te casaras con todos ellos porque te gustaban, aunque Brompton-Smith resultara un capullo, por lo que parece. Me alegro de que no los echaras de menos».

Las noches de los miércoles son noches de *bridge* para Archie, así que salió temprano de la tienda, con su abrigo Crombie de cuello de terciopelo verde musgo, soltándome un «¡adiosito, Loveday!». Yo me quedé hasta tarde, escarbando en la caja, poniendo aparte los libros que Archie podía considerar dignos de atención. Siempre me encierro a las cinco, porque hacia el final de la tarde acostumbra a pasarse Rob e intenta convencerme para que volvamos a salir juntos porque empezamos con mal pie. No es que vaya a intentar hacer nada que no me guste —no se atrevería—, pero no puedo con él. Bueno, no puedo con los hombres en general, así que si ya de por sí no siento nada, mucho menos si la cosa acaba en bronca.

A las cinco y cuarto, alguien llamó la puerta, y allí estaba Rob, con su cara sonriente, haciendo gestos para que le dejara entrar. Negué con la cabeza, señalé el cartel de CERRADO y seguí con lo que estaba haciendo. Llamó un par de veces más, pero lo ignoré. Luego oí una especie de crujido, un cascabel, y me di cuenta de que estaba tratando de meter una rosa en el buzón. Es uno de sus trucos. También me trae bombones y se los da a Archie porque sabe que no los voy a aceptar. Yo no me los como; los dejo encima de la mesa y les coloco un letrero en plan «una ayudita», y en menos de una hora no queda ni uno. Me gustaría pensar que Rob lee el letrero y se lo toma como una indirecta —en plan, «por favor, busca ayuda»—, pero si llega cuando los bombones se han acabado, solo parece molesto.

Rob se quedó un rato de pie junto a la puerta, esperando a que fuese a buscar la rosa, pero no lo hice, así que se largó, dando un último y sonoro tirón al pomo. Recogí el tallo y aplasté los pétalos, y cuando me disponía a tirarlo todo a la papelera, volví a oír el campanilleo del buzón.

Me sobresalté. Di media vuelta y vi la espalda de una chaqueta de cuero alejarse. Había dejado un folleto en el buzón.

VELADA POÉTICA EN EL GEORGE AND DRAGON
MIÉRCOLES A PARTIR DE LAS OCHO DE LA TARDE.
3 LIBRAS LA ENTRADA. MICRO ABIERTO.

Había detalles de Facebook en la parte inferior. Lo colgué en el tablón de anuncios de la librería, que está justo al lado del mío, en el que cuelgo cosas que he encontrado en los libros, cerré y me fui. Pasé por el George de camino a casa; está en la esquina, justo donde empieza el carril bici.

No entré.

Me pregunté si la espalda de aquella chaqueta de cuero sería lo último que vería de Nathan Aveybury. No lo fue. Regresó la semana siguiente.

—Hola, Loveday —dijo.

Me volví, asentí y seguí con lo que estaba haciendo. No me pagan para pasar el rato con cualquier poeta que se deje caer por la tienda. Eso es cosa de Archie.

Estaba ordenando la sección de ciencia ficción —que nunca dura en orden más de medio día— cuando entró. Yo estaba de espaldas a la puerta y oí a Archie saludar a alguien. No me molesté en volverme para ver quién era, porque Archie da la bienvenida a la mayoría como si fuesen dignatarios extranjeros, amantes o, qué sé yo, alguien que acabase de volver de entre los muertos.

Nathan no se movió. Seguía ahí cuando llegué a Wilder, Wyndall y Zindell. Me puse en pie. Estaba mirando las estanterías, ociosamente, como si estuviera matando el tiempo, esperando algo. A un librero, por ejemplo.

Aún llevaba las botas anudadas de forma distinta, una con los cordones cruzados, por delante, y la otra, de forma convencional. Me pregunté si se había dado cuenta, o si le importaba. Se fijó en que le miraba.

—Un truco de mago —dijo—. Distrae a la gente que se da cuenta. Además, me permite distinguir a los observadores de los que no lo son, y andarme con mucho cuidado.

Asentí. Tenía sentido. Lo prefería al descuido o a la pose. Eso si me hubiese importado, que no era el caso.

—¿Mago? —pregunté, y luego recordé—. La moneda de chocolate.

—Magia en directo —dijo—. Es a lo que me dedico, mi día a día, aunque es un trabajo más de tardes y noches. Por las tardes hago fiestas infantiles; por las noches, eventos corporativos. La poesía no da para el alquiler.

Me reí. No estoy segura de por qué. Supongo que me pareció divertido que se dedicase a la magia. La gente acostumbra a trabajar en tiendas, o son operadores de telefonía, o sirven té con leche a los turistas con un gorritos ridículos, al menos por aquí.

—He pensado en venir a echar un vistazo a la sección de poesía —dijo.

—Te la enseñaré.

La tienda no es muy grande, pero zigzaguea mucho, y es más sencillo acompañar al cliente que explicarle dónde encontrar las cosas. Los libros de poesía están en la pared del fondo, junto al teatro y los mapas antiguos. Archie no es muy fan de la poesía y el teatro porque dice que no deberían publicarse por escrito, de ahí que los pusiera en el rincón más oscuro que encontré. Las paredes están cubiertas de estanterías, de una manera un tanto caótica, puesto que están situadas a alturas y profundidades distintas. La ficción está por todas partes, rodea la librería entera, y en el centro de la tienda hay un puñado de estanterías independientes, de espaldas unas a otras, y en ángulo recto entre sí, distribuidas alrededor de una mesa central. Todas son diferentes, lo único que tienen en común es que están hechas de una especie de madera vieja, sólida, que no se queja por más que tenga que soportar pesados volúmenes de no ficción de gloriosas formas. A mí dadme una novela en cualquier momento.

Llevé a Nathan hasta la pared del fondo. Sus botas rechinaban detrás de mí y de repente fui consciente de mi espalda, mi culo, mi nuca, donde aleteaba mi melena, que me había recogido para apartármela de la cara. Me erguí, y me di la vuelta cuando llegamos.

—Poesía —dije.

—Gracias —dijo Nathan. Sonrió. Sonreía a menudo.

—Forma parte del servicio —dije.

Entonces apareció Melodie. Cuando estamos inundados de trabajo, Archie hace que venga para echarnos una mano colocando libros en las estanterías, y es de gran ayuda, pero no deja de parlotear, parece un pinzón enjaulado, y me vuelve loca. Cuando no está trabajando de lo que habitualmente trabaja —guía de rutas turísticas— y se pasa por la tienda, la trata como su sala de estar, se sienta a la mesa con un café, hace llamadas de teléfono que no puedes evitar escuchar y usa nuestro wifi.

Nunca podríais pagarme lo suficiente para que me dejase enrolar en una de sus rutas turísticas por York, pero lo más probable es que se le dé bastante bien. Melodie tiene los ojos grandes y una boca diminuta que no calla nunca, es una gatita descarada. Creo que su madre es de Malasia, aunque no tengo ni idea de por qué acabo de recordarlo. Cuando está en la tienda, se sume en un monólogo imparable, que intento acallar centrándome en mi propio parloteo mental, pero algo parece que se me queda. Ella no piensa desfallecer en su huida hacia delante, que solía decir mi padre.

—¿Loveday va a enseñarte la sección de poesía? —preguntó Melodie.

—Eso es —dijo Nathan.

—Orden alfabético —dijo Melodie—. Lo hice la semana pasada. Me gusta mantener el orden entre mis poetas. —Habla en una especie de dialecto pirata que creo que ha sacado de una película, porque sé que creció en Pickering.

—Tomo nota —dijo Nathan—. No pienso desordenarlos.

—Hola. —Le tendió una de sus pequeñas manos, con la palma hacia abajo, como si pretendiera que la besara.

Él se la estrechó y sonrió.

—Soy Nathan Averbury.

—Nathan Averbury —repitió Melodie—, encantada de conocerte. Soy Melodie. Como en la música. —Sostuvo la moneda de chocolate en alto, la volvió hacia la luz, la hizo girar lentamente, tan indiferente como os podáis imaginar, como si hubiese esperado desde el principio encontrársela en la mano.

—Melodie trabaja aquí ocasionalmente, cuando tenemos mucho lío —apunté.

—Loveday trabaja aquí siempre —añadió Melodie—, cada día. Este es su mundo. Yo voy y vengo, sin ataduras —dijo, y se volvió, lanzando una mirada felina, y yo miré a Nathan, preguntándome qué pensaría de lo que había dicho. La observó mientras se alejaba; llevaba unos vaqueros cortos, medias negras, unas deportivas y una chaqueta a rayas; luego me miró a mí y sonrió.

—Es un mundo estupendo en el que pasar todos los días —dijo. El azul de sus ojos era del tipo con el que se hacen las cubiertas de los libros de autoayuda, para sugerir claridad y calma.

—Sí —dije. Me gustó que no criticara a Melodie. Ella no me gusta, pero tampoco me gusta la gente cruel, especialmente cuando tienen de-

lante blancos tan fáciles. Como mujeres tatuadas con *piercings* en la nariz, por ejemplo. Pese a todo, cuando subo al autobús, casi siempre consigo sentarme.

Nos miramos el uno al otro durante un minuto en el que deseé ser como Archie y poder iniciar una conversación con cualquiera sobre cualquier cosa. La mitad de la gente que entra en la tienda son personas que ha conocido en la inauguración de alguna galería de arte, o mientras compraba salchichas en el mercado de agricultores. Le encanta. A mí no. No me gusta la gente que no conozco. Me cuesta sentirme a gusto con ellos, y, cuando lo consigo, tampoco es que hable mucho, y lo que digo no es nada del otro mundo. Archie dice que mantengo a buen recaudo todo aquello que me hace interesante y que llegar a conocerme supone un ejercicio de fe recompensado. Creo que piensa que diciendo eso está siendo amable.

No se me ocurría qué contestarle, así que le dije:

—Te dejo solo.

—Estupendo —dijo Nathan.

Había llegado otra caja. Estaba llena de libros de bolsillo de gama media de los noventa, de clásicos Penguin, los que tenían las portadas negras y cuadros de la National Gallery en la portada, y parecían nuevos. Nada especial o, cuando menos, nada notable: Eliot, Trollope, Dickens.

Tenemos lo que Archie llama una «barra del desayuno» en la parte posterior de la tienda. Es básicamente un estante profundo fijado en mitad de la pared, y un taburete alto en el que sentarse cuando trabajas allí. Hay un par de tazas viejas, llenas de bolígrafos y trozos de papel para las notas. Nos sentamos allí para ordenar los libros que nos llegan. Digo «nos», pero Archie no es muy fan de esa parte del negocio. En cualquier caso, quien lo hace (yo) puede trabajar mientras vigila la tienda: hay un espejo convexo fijo en la parte superior para ver quién entra y quién sale, si estamos solos. Archie me deja hacer una primera criba, y luego le echa un vistazo a las cosas que considero interesantes. Tenía dieciocho años y ya llevaba tres trabajando allí cuando me dejó hacerlo por primera vez sola. «Ahora sí, Loveday —dijo aquel día—, considérate cualificada para hacerlo.» Aquello significó más para mí que cualquier excelente que me hubiesen puesto nunca, más que los aplausos al final de la obra de teatro del colegio en la que participé de niña. No regresé directamente a mi piso esa noche. Fui al río, me senté en la orilla y pensé: «Loveday, podría estar bien».

Cuando empecé a sacar los clásicos de Penguin de la caja, me sentí un poco extraña. Empecé a verme desde fuera, como si algo importante estuviese a punto de pasar. Se parecía a la sensación que tuve cuando retiré la sobrecubierta polvorienta de un libro de los años treinta que acababa de llegarnos y que parecía de lo más corriente, y descubrí que en realidad era un ejemplar de *El amante de Lady Chatterley*, camuflado para pasar por la aduana. Son muy raros porque, una vez llegaban al país, lo normal es que se retirase la sobrecubierta. Sabía que valía cientos de libras y al mismo tiempo no podía creerme que estuviera en mis manos. Pero no había nada en aquella caja que fuese algo especial para un coleccionista, así que aquella sensación de asomarme al abismo estaba fuera de lugar.

Luego me di cuenta de que no era así. Todos esos libros los había tenido mi madre. Cada uno de ellos. Ella sabía que los libros eran importantes, y le gustaba que me gustara leer, y me animaba a hacerlo. Tenía una pequeña colección de estanterías en la sala de estar, bajo las escaleras; vivíamos en un diminuto edificio nuevo, en las afueras de Whitby, que probablemente parecía bastante grande antes de que llegaran los muebles, pero que se quedó pequeño incluso para mí de pequeña.

La estantería superior estaba repleta de los clásicos de Penguin de portada negra, la del medio, de los libros que no quería tener en mi cuarto —libros sobre ponis, hadas, libros ilustrados de los que no quería deshacerme, aunque sabía que era demasiado mayor para leerlos—, y en la de abajo había revistas de autodefinidos y sopas de letras y revistas femeninas que una amiga de mi madre, Amanda, le pasaba, aunque no sé si las leía. Arriba de todo había fotos en marcos, en todas las combinaciones de parejas posibles —yo y mamá, yo y papá, mamá y papá— porque mi padre adoraba su cámara, y solo podíamos hacer fotos cuando él estaba con nosotras, y cuando estaba con nosotras quería que pasásemos tiempo juntos, los tres, nadie más, para que pudiéramos sacarle el máximo partido posible. Nosotras también lo adorábamos a él. ¿O era él el que nos adoraba a nosotras? Dios, no es que me gusten muchas cosas, pero me encantan las palabras. Parecíamos felices en las fotos, creo. Después, cuando los marcos se rompieron, dejó de haber fotos en la parte superior de aquel montón de estanterías.

Como iba diciendo, los libros no eran nada del otro mundo. Podías conseguirlos en cualquier librería, donde quisieras. Pero el hecho de que fueran los que habíamos tenido en casa me hizo sentir..., bueno, algo. Un pinchazo en mis pulgares.

Cogí los clásicos de Penguin y los puse en pie, con los lomos hacia fuera, contra la pared, en la parte de atrás de la estantería de la barra del desayuno. Quería ver cómo quedaban. ¿De verdad podían ser los que recordaba, o veía algo que no era?

Al principio no estaba muy segura.

Luego recordé que mi madre solía ordenar las cosas alfabéticamente guiándose por la primera palabra del título. A veces me he preguntado si no deberíamos hacerlo así aquí. La mayoría de la gente recuerda más los títulos que los autores, por lo que podría tener sentido. En casa los ordeno en función de los «leídos» y los «no leídos», y voy moviéndolos de un estante a otro. Lo que me digo es ¿por qué perder un valioso tiempo de lectura clasificándolos?

La biblioteca de mi madre empezaba con *Ana Karénina* y terminaba en *Cumbres borrascosas*. Decía que así le parecía que estaban más ordenados. También solía organizar la ropa por colores, lo que era estupendo si querías que tu chaleco y tus medias fueran a juego, pero nada útil si lo que querías era encontrar uno de cada. Mi padre solía burlarse de ella. «¿Cómo describirías a tu madre, Loveday?», solía preguntarme, y a mí lo único que se me ocurría era poner los ojos en blanco.

Cuando hube reorganizado los libros por títulos, me sentí mareada. Como si me hubiese acercado demasiado al borde del acantilado y la tierra empezara a deslizarse bajo las suelas de mis zapatos. Porque parecían ellos. Parecían los libros que había en la estantería de nuestra casa.

Podía oler los olores de aquella primera casa: la sal del mar y la tierra húmeda de las muchas plantas de mi madre (todas moribundas, nunca aprendió a cuidarlas). Era una casa de alquiler y mi madre solía decir que, cuando tuviéramos una casa nuestra, lo pintaría todo de verde. «Entonces hay algo bueno en vivir aquí», decía mi padre, y a veces lo decía de forma divertida; otras, en cambio, mi madre reaccionaba alargando una mano para tocar su brazo o su mejilla y susurraba un «oh, Patrick».

Había exactamente veintiséis libros delante de mí, en aquel estante. Acababa de contarlos. Y volví a contarlos otra vez, como un hombre con un detector de metales que no puede creer que lo que hay en su mano sean monedas.

Veintiséis libros. Los que mi madre compró, a razón de uno cada dos semanas, durante un año, siguiendo un propósito de Año Nuevo, y terminando una fría víspera del Año Nuevo siguiente, el año en que cumplí ocho años.

Solíamos ir a la librería que había cerca del puente, en el centro de Whitby, cada viernes después de la escuela. Era una tienda pequeña, estrecha, con solo una o dos estanterías para todo, pero la señora que la llevaba siempre sonreía y decía que podíamos pedir todo lo que quisiéramos. Era un lugar acogedor. Yo podía elegir un libro para mí, mientras mi madre discutía con la librera sobre cuál iba a ser el siguiente libro le sumaría a su colección. No creo que llegara a decirle que no había leído ninguno, pero, una vez más, sé que no habría mentido. Ella tenía la intención de leerlos, estoy segura, solo que nunca lo hizo. Pasado un año, dejó de comprarlos. Su propósito del año siguiente fue aprender a bailar. Tampoco lo hizo. Encontró dónde hacerlo, pero a mi padre no le gustaba la idea de que bailara con otras personas.

Cualquiera que haya trabajado en una librería más de una tarde te dirá que la gente compra libros por todo tipo de razones. Está el más puro y simple amor por los libros, claro: ser consciente de que son una válvula de escape, una oportunidad de aprender, un lugar en el que tu mente y tu alma puedan jugar y divertirse. Recomendaciones, programas de televisión, el deseo de mejorar, la necesidad de impresionar o la esperanza de forjar un yo mejor. Todas las razones son válidas, aunque ninguna de ellas te garantiza que el libro llegará siquiera a abrirse. Creo que a mi madre le gustaban las cubiertas, la palabra *clásicos* y la posibilidad de otros mundos.

Por descontado, no tengo a nadie con quien hablar de esto. Nadie que recuerde la estantería, y en el que caso de que lo hiciera, no recordaría qué libro había en ella, ni de qué manera estaban ordenados.

Sentada allí, al fondo de la tienda, sentí por un momento que todo mi mundo quedaba superpuesto por la casa en la que pasé mi infancia, olí el ambientador de vainilla que se suponía debía neutralizar el olor a tabaco, y escuché a mi madre trastear en la cocina. Yo extraía uno a uno los libros y miraba las portadas, leía los títulos en voz alta. *El molino de Floss* me sonaba raro, porque por entonces no sabía que el Floss era un río. «Eres demasiado pequeña aún, angelito», me dijo mi madre cuando me vio hojearlo. Recuerdo que las palabras estaban apretadas en las páginas como dulces en un tarro.

—Loveday —dijo Nathan detrás de mí.

Di un pequeño salto. Quiero decir, de verdad, físicamente, mi culo se despegó del taburete por un nanosegundo.

—Lo siento —se excusó.

—No pasa nada —dije—. Solo es que... estaba ocupada.

—Mis padres tenían clásicos de Penguin —dijo Nathan—. Hay cientos, ¿no?

—Sí. —Y podría haber añadido: «Mi madre tenía algunos». Las palabras estaban casi en mi boca, pero no acostumbro a hablar de mí misma. Así que me quedé ahí sentada, interpretando el papel de la clase de chica que parezco ser, una suerte de emo gótica malhumorada.

—Bueno —dijo Nathan—, he encontrado esto. —Y me tendió un ejemplar de *Penny Arcade*, de Adrian Henri. El esbelto lomo estaba roto, y había un círculo marrón dejado por una taza de café en la portada—. No lo tengo. Y debería. A menos que lo haya dejado caer en el autobús.

Sonreí. Sí, lo hice.

—Es donde sale «At Your Window». —A cualquiera que le guste Henri le gusta «At Your Window». Puedo hablar de lo que sea que contengan los libros.

—Lo he visto —dijo—. Es genial.

—Ese término se usa demasiado.

—No puedo estar más de acuerdo —podía sonreír y hablar a la vez—, pero en este caso está justificado.

Yo no estaba de acuerdo, pero no se lo dije. «At Your Window» va de un gato que no puede entender por qué nadie quiere a un ratón muerto. Me recuerda a Rob y sus rosas.

Nathan volvió a hacer aquella cosa del sombrero imaginario, fingir que se ajustaba el ala, y se alejó, pero no tardó en regresar.

—Dejé un folleto la semana pasada, sobre una velada poética. Es los miércoles en el George and Dragon. De hecho, es esta noche.

—Lo vi —dije—. Lo puse en el tablón de anuncios de la entrada, el que está junto al de las cosas que encontramos en los libros. —Señalé el lugar, amablemente, por si no sabía dónde estaba la parte delantera de la tienda, o qué aspecto tenía un tablón de anuncios. Me desespero a veces. Me gustaría pensar que en aquel caso era culpa del shock que me habían causado aquellos veintiséis libros. Pero no es que necesite una excusa para ser incapaz de interactuar con otra persona.

—Lo sé —dijo, y dejó de sonreír—. Gracias, pero en realidad te estaba invitando a venir.

—¿A mí? —Por una horrible fracción de segundo se me ocurrió pensar que se había enterado de que yo también escribía poesía, de que sabía cuál era mi sueño-pesadilla: yo, en un escenario, recitando poemas, las luces alumbrando las butacas, mi padre ocupando la mitad del auditorio, mi madre la otra mitad, y yo sin saber dónde mirar...

—Bueno, está claro que te gusta la poesía —dijo—, si no, no rescatarías libros abandonados por poetas irresponsables como yo, así que pensé que podía interesarte.

—Gracias, pero lo cierto es que no soy muy sociable —dije. He llegado a la conclusión de que esa es la mejor manera de evitar que la gente me pida que haga ciertas cosas, porque no hay una razón real, en el sentido en el que la hay cuando dices que estás ocupada («¡pero si solo serán un par de horas!»), que no tienes pasta («¡pero si solo cuesta cinco libras, te invito!») o que no va a gustarte («¡nunca se sabe, prueba!»).

—Vale —dijo Nathan, encogiéndose de hombros (¿qué me dices a eso?)—, pero si cambias de opinión, ahí estaremos. Tenemos una página en Facebook. Envíame un mensaje o escíbeme y te guardo sitio.

—No uso Facebook. —Ya tengo bastantes personas con las que lidiar en el mundo real sin necesidad de añadir virtuales. Ni los que podrían recordarte de otros tiempos.

—Vale, pues escíbeme entonces —repuso.

No le dije que no tenía su número. Pero igualmente caí en la cuenta de cuánto le importaba.

Cuando regresé a los libros, vi que había una tarjeta sobresaliendo de un ejemplar de *Jane Eyre*. «Nathan Avebury: magia de cerca», ponía; había un dibujo de un sombrero de copa y un número de teléfono. Juro que no le vi mover las manos. Una había estado sosteniendo el ejemplar de Adrian Henri, y la otra en su bolsillo, todo el rato.

Con toda probabilidad se habían editado ochocientos clásicos Penguin el año en el que mi madre empezó a comprarlos. Pero los libreros de pequeñas librerías se habrían quedado con los cien más populares, así que, en realidad, cualquiera que hubiera decidido comprar veintiséis clásicos Penguin en Yorkshire en la década de 1990 habría tenido poco margen de maniobra. Mi madre no se había alejado del *mainstream* —había al menos una adaptación televisiva de cada uno de los libros que tenía en la estantería frente a mí—, pero también era probable que quien compró aquellos libros los eligiera por los mismos motivos. Y eso suponiendo que recordara todos los títulos correctamente.

Me senté allí un rato, contemplando los lomos negros intactos. Primero me convencí de que no había manera de que pudieran ser sus libros, y luego decidí que no había posibilidad de que no lo fueran. No me gustó ninguna de las dos respuestas. Llevé los veintiséis libros a la sección de clásicos.

Y no fui a la noche de poesía. Obviamente.

La semana siguiente, cerré la tienda más tarde que de costumbre porque tuvimos un par de pedidos grandes por internet. La venta online había sido idea mía, lo que significa que no tengo derecho a quejarme por más dolores de cabeza que me dé. En parte es emocionante empaquetar un libro que tiene doscientos años y enviarlo al otro lado del mundo para que continúe su viaje. Excepto por el hecho de que no sabes quién va a recibirlo, ni si va a ser leído detenidamente y luego atesorado, o si irá directo a una vitrina de temperatura y humedad controladas donde forme parte de una colección, junto a los documentos del seguro, y donde acabe siendo ignorado. ¿Qué sentido tiene poseer un libro que no vas a leer? No comprarías una pera para mirarla para siempre, ¿verdad? Presumiblemente, la persona que encuentra un libro que ha estado buscando online durante mucho tiempo se pone a bailar y da un puñetazo al aire, o, como mínimo, sonríe como un idiota. Es así cuando ocurre en la tienda. Aunque no puedo verlo por correo electrónico.

Pero no me estoy quejando. No realmente. Solo me aburro, porque empaquetar y enviar es... aburrido. No tiene nada que ver con los libros. Podría estar envolviendo velas, o cajas de herramientas, o cucharas de madera. Pongo música, a un volumen alto (me gusta el folk, ¿vale?) y me siento a la barra del desayuno y envuelvo y escribo direcciones hasta que tengo un buen montón de paquetes. Archie se encarga de llevarlos a la oficina postal al día siguiente. A él le gusta más que a mí. Siempre vuelve con algún que otro nuevo cliente, turistas a los que engatusa en la cola. Suele llevar una chaqueta de tweed y a veces tengo la sensación de que nació con bigote. En ocasiones la gente la pide autógrafos —y él siempre los firma, con gracia y florituras— y yo me pregunto quién demonios creen que es.

Rob había dejado otra rosa en la puerta. No me molesté en tirarla a la papelera, así que dejé lo que quedó de ella en la mesa, cerré la puerta por fuera y di la vuelta para coger mi bicicleta. Las seis tiendas que hay en la calle comparten un cobertizo, y dejo la bici en él, junto a las mesas de la terraza de la cafetería. Cuando volví a la calle, para irme, ahí estaba Rob, apoyado en la esquina.

—¿Te ha gustado la rosa?

—Hola, Rob —dije.

Fui a clases de defensa propia cuando estaba en sexto. Una de las cosas más importantes que aprendí fue esta: evita situarte en una posición en la que tengas que defenderte. Aunque esa posibilidad estaba descartada en el caso de Rob, no era mi intención empeorar las cosas.

Antes del Incidente, no se me habría ocurrido pensar que tendría que preocuparme por Rob —es alto, pero tiene el físico de un osito de peluche mojado y asusta en la misma medida—; sin embargo, algo que he aprendido sin la ayuda de un instructor en defensa personal es que nunca sabes realmente quién puede resultar una amenaza y quién no. Y el caso es que estaba en una calle oscura y desierta con un hombre que considera normal meter rosas que nadie ha pedido ni tampoco espera en un buzón, y eso en uno de sus días buenos. No era una situación ideal, de modo que no iba a sacarle de sus casillas. No iba a decir nada de la rosa.

—¿Querrías ir a tomar algo conmigo un día de estos, Loveday?

—No, gracias, Rob. No soy muy sociable.

—Creo que deberíamos volver a intentarlo.

—Rob —dije—, no quiero. Lo siento. Ya he... Ya he pasado página. —Le miré durante un segundo.

—¿Estás saliendo con alguien? —Tiene los ojos bonitos, pero parecían cansados. Ojalá durmiera bien, tomando su medicación. Me gusta pensar que no soy un monstruo. Y que tampoco lo es él.

Me reí. ¿Yo, saliendo con alguien?

—No —dije—. Yo... Estoy bien sola.

Quise poner la cara que pone Archie cuando llega alguien con la idea de vender algo que él no piensa comprar. Escucha todo el rollo y dice «no, gracias», luego, si esa u otra persona vuelve a intentarlo, se pone muy serio, y sacude la cabeza, solo un poco. La gente recoge sus cosas y se va. Pero no funcionó. Así que eché a andar, tratando de que la bicicleta quedara entre nosotros, pero él dio la vuelta y se puso a mi lado.

—Por favor, Loveday. Soy un buen tío.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunté. Pensé que si le hacía hablar de sí mismo podía evitar una discusión. Rob es una de esas personas que se refugian en la universidad porque es más segura que el mundo. Lo sé, lo sé, diametralmente opuesto a aquellas personas que se esconden en librerías de segunda mano para sentirse a salvo del mundo.

—Mucho lío —dijo—. Los exámenes están a la vuelta de la esquina. Aunque a mis estudiantes les irá bien. Son muy brillantes.

—Genial. —Lo dije en serio. Rob es un tipo inteligente. Cuando no se comporta como un imbécil, cuando habla de todo lo que sabe, del Renacimiento y de Italia, vale la pena escucharle.

—Pero no quiero hablar del trabajo —dijo—. Quiero hablar de nosotros.